garay, ó aplaude á Vico en el Español, ú ostenta su deslumbradora grandeza en la Corte cuando concurre al Real.

Y toda esa sociedad *sui géneris*, síntesis de todas las costumbres y dialectos provinciales, vive dividida, por grupos, por regiones, si posible es asentar clasificación semejante, ya en el seno mismo de Madrid, ya por los especialísimos barrios característicos de la ciudad.

El Madrid *subterráneo*, ese Madrid que habita bajo el nivel de las calles; aquel que mora en entresuelo ó primero, y el de más allá que no tiene en qué vivir más que en estrecha bohardilla, ese es el Madrid que en México se conoce bien en las páginas de las novelas españolas.

¡Cuán digno de interés es ese pueblo que tantos puntos de contacto tiene con el nuestro!

Si el lector lleva al colmo su bondad, haremos juntos una breve excursión por el interior ó las afueras de Madrid; podré conducirle á admirar las sublimes bellezas que el Museo del Prado encierra; le llevaré á conocer las *chulas* y *manolas* de Lavapiés; podré tener la satisfacción muy grata de presentarle en el elegante y suntuoso hotel del Sr. Cánovas del Castillo y..... más todavía: sin ser vistos, le conduciré de la mano á la morada misma del monarca en algún día de solemne recepción, en la cual la Corte hace brillar espléndida sus galas y magnificencia; y de esta suerte, discurrir podremos, desde el regio salón del trono, hasta la sala fantástica de Gasparini, el saloncito chino ó la singular galería del Rey Carlos III.

La Corte toda á las más altas horas de la noche, y como fatigada de su grande agitación, entra en letargo profundísimo; las tinieblas envuelven con su majestuosa obscuridad las agujas de los templos y los altos edificios; y más tarde sólo se ve ir y venir la luz del farol del sereno, quien acude á la voz de algún vecino más trasnochador, para abrir la puerta de la casa.

A las tres de la mañana, puede decirse que ha comenzado el sueño de Madrid.....

CAPÍTULO II.

MÉXICO EN ESPAÑA.

EL General Riva Palacio no pierde su buen humor.

Para todos tiene todavía alguna frase ingeniosa y chispeante, conversación sin fin que se resuelve siempre en simpatías para el viejo militar, conocido ya en la historia por los hechos de su espada, y en la literatura por lo que su pluma ha producido.

Intimo amigo del egregio autor de *La Pesca* y del *Idilio*, no menos del insigne dramaturgo de cuyo estro han surgido el *Gran Galeoto* y *Mariana*, así como de los diplomáticos y literatos, políticos y personajes que en grado preeminente hoy figuran en España, el General Riva Palacio reune en su mansión de la calle de Serrano, de vez en cuando, agradable y brillante concurrencia.

El General ocupa un primeroso hotel que forma esquina en las calles de Serrano y Recoletos. De allí al Retiro, ó á la Castellana, ó á la bulliciosa calle de Alcalá, no hay más que un paso.

Serrano es la calle de los hoteles elegantes, de las suntuosas moradas, de los palacios cuyas fachadas gozan el privilegio de poseer más ó menos ostentosas heráldicas labores.

La casa que nuestro General habita, tiene las gracias de la sencillez y de la elegancia adunadas.

El blasón que se mira en la fachada de Serrano, es el águila caudal de México, emblema de nuestra Nación independiente y libre.

Un pórtico sencillo cuyas arcadas sostienen un salón que sirve como de mirador amplio y hermoso, forma el vestíbulo al hotel, cerrado en ambas calles por una verja de hierro. La planta baja, ocúpala, del lado derecho, la Cancillería de la Legación, y del izquierdo el comedor y sus dependencias. Decoran esta última pieza varias pinturas, algunas de ellas producidas por el pincel del mismo General: en una pieza contigua, se ven cuadros con las láminas del Atlas Pintoresco del Sr. García Cubas.

En la planta alta se halla, después de una pequeña antesala ó pasillo, el despacho del General.

Imaginaos un salón de no muy grandes dimensiones, cubierto el pavimento con mullida alfombra: á la derecha, una puerta que da acceso á la alcoba del dueño de la casa; al frente de la puerta por donde hemos entrado, otras dos que conducen al mirador de que antes hablé, y por las cuales puertas penetra á torrentes la luz. A la izquierda, y frente á la alcoba, cerca del muro, la mesa de despacho, y la chimenea cuyo grato calor, en el invierno, convida sólo á entretener el tiempo en compañía de un buen libro. Las paredes cubiertas de sencilla estantería colmada de obras escogidas, todas de diverso género, pero bien clasificadas; completando el decorado un retrato fotográfico del Señor General Díaz, una colección de cuadros con tipos mexicanos, que representan cruzamientos étnicos, y sobre el mármol de la chimenea, arrimada al muro, una pintura de la noche, en que ésta desenvuelve su manto vaporoso, la luna que asoma tras la negra silueta de un trozo de edificio, y las estrellas que salpican el cielo y esparcen su débil claridad.

El mirador domina una buena parte de Serrano y la puerta de Alcalá: haced de cuenta que es una pieza cuadrangular forrada con cristales por el frente, á la derecha y la izquierda.

Entre las dos puertas de la entrada y sobre la chimenea, se ve un gran cuadro pintado al óleo por Beaucé, en el cual lienzo desarrolló el artista una fracción de la batalla de San Lorenzo. Del techo del mirador pende un araña artística, la que sostiene un casco cincelado de donde arrancan las guías de una planta trepadora que serpentean en los cordones que á la lámpara sostienen. Un ajuar de mimbre descuidadamente distribuído, llena el salón, cuyos muros, en la parte que dejan libres los cristales, el artista ha colocado ó paisajes de invierno, con la nieve cuajando en calles y praderas, ó mariposas juguetonas que liban el almíbar de las flores.

En esta casa que mirábamos como la nuestra propia, los mexicanos que residimos algún tiempo en Madrid, traté á Don Gaspar Núñez de Arce, conocí á Don José Echegaray, tuve oportunidad de estrechar en no pocas ocasiones la mano del iluestre doctor Menéndez y Pelayo.

¡Qué recuerdos tan gratos los de aquellos días!

No se borrarán, creo, jamás de mi memoria las emociones que sentimos en memorables horas.

Acababa de llegar á Madrid, procedente de México, nuestra banda del 8º Regimiento, dirigida por el capitán Payén, y que iba á prestar su contingente, enviada por nuestra Patria, en las solemnes festividades del cuarto centenario del descubrimiento de América.

La banda iba precedida de renombre y fama. Para los buenos habitantes de Madrid, la llegada de la música mexicana fué un verdadero acontecimiento.

Siguiendo los deberes de la etiqueta, nuestra banda saludó primero á la Soberana de España, dándole una serenata en la Gran Plaza de la Armería, contigua al Palacio Real, y después, y en otra noche, los diarios de Madrid anunciaron que la banda tocaría en la Legación de México.

Aquello era de ver: á las nueve de la noche la calle de Serrano se hallaba intransitable; la multitud, aglomerada frente á la casa del General Riva Palacio, se dilataba y encogía con

ensordecedor murmullo, pretendiendo unos alcanzar lugar próximo á la verja, y otros salir ya de en medio de aquella formidable prensa humana. La Guardia Civil, apostada en las esquinas de la calle, trató de guardar el orden, y á duras penas pudo conseguirlo.

La Legación se hallaba como en día de gran fiesta. El exterior, iluminado con focos de gas, y nuestro escudo aparecía circuído de una auréola de fuego. El interior, verdaderamente espléndido: la luz incandescente de las lámparas eléctricas derramaba por todas partes su fulgor, y el aristocrático concurso de damas y caballeros, discurriendo por salas y salones, se dirigía, ávido de curiosidad, al mirador para disfrutar en breve de los acordes de la música que de tan remotas tierras se enviaba á España.

El General Riva Palacio hacía á maravilla los honores de la casa.

Cuando el General dió la orden de que, conforme al programa anunciado, comenzara la banda á dejarse oir, lo primero que escuchamos fueron los dulces, los sonoros, los gratísimos ecos del Himno Nacional. ¡Con cuánta alegría, con yo no sé qué extraña sensación, escuchamos aquella música marcial! El entusiasmo de cuantos mexicanos que allí nos encontrábamos, rayaba en delirio. Recordábamos la Patria ausente, su cielo y su calor; agolpábase en nuestro corazón un jamás sentido conjunto de raras, pero gratas emociones! ¡Imposible dar siquiera de ello una rápida idea! Sentíamos latir con fuerza el corazón y recrudecerse más y más el amor sin igual que se tiene al pedazo queridísimo de tierra donde se ha visto la primera luz!

Escuchar el Himno Nacional á dos mil leguas de distancia de la Patria, y oirlo por una banda militar de la propia tierra, ¿no es verdad que es indefinible y grato?

La muchedumbre aplaudió en la calle entusiasmada, y de algunos labios españoles se escaparon inconscientemente las exclamaciones de ¡Viva México!

¡Cuán orgullosos nos mostrábamos los mexicanos al ver culminar tan dignamente á nuestra México, en el concurso ibero-americano!

Como ésta, tuvimos no pocas agradables noches en la Legación.

El General fruncía el ceño cuando, en fuerza de nuestras ocupaciones, dejábamos de asistir á tan elegantes reuniones.

El General deseaba nuestro concurso para que, además de ayudarle á hacer los honores de la casa, no desmintiéramos, según él, "la caballerosidad, la finura y la galantería exquisita de los mexicanos."

El puesto de diplomático no ha agotado la fecundidad de la pluma de nuestro General, y ya mis lectores habrán constantemente leído la amena sección que, bajo el título de CUENTOS DEL GENERAL, aparece en los números de la excelente *Ilustración Española y Americana.*

Mi buen amigo el Sr. Don Francisco A. de Icaza, el inspiradísimo bardo creador de las *Efímeras*, preparó en elegante volumen, una edición de los versos del Sr. Riva Palacio, y la cual acaba de darse á luz en Madrid.

Cuando los asuntos de oficina ó la literatura le dejan horas libres, entretiénese en manejar el pincel, y á fe que el General desempeña con éxito su entretenida ocupación. Como testigos de este aserto, pueden verse varios cuadros, generalmente paisajes, que decoran las paredes de la casa.

Nuestro Ministro, que acostumbra pasar todos los veranos fuera de Madrid, es muy popular en la Nación donde se halla acreditado, y puede decirse que es uno de los miembros del Cuerpo Diplomático extranjero que reside en España, de los más estimados y queridos.